

humoristas como Mark Twain o Chesterton, y es también un humorista. Respeta profundamente a los "hermanos separados", pero no tiene ni por un momento la sospecha de que puedan tener razón.

Aparte de la tradicional cuestión del Espíritu Santo, y aun incluyéndola, la elección rapidísima de Juan Pablo I se ve, en suma, como una obra maestra de Benelli y como un "Papa de transición", un "Papa de compromiso": lo cual se conjuga mal con su edad, relativamente joven. Pero quizá lo suficiente para dar tiempo a monseñor Benelli a situarse mejor.

Pero estos son rasgos, previsiones, cálculos, que no implican cuál es el camino que vaya a tomar en el papado. Se aduce muchas veces que cuando un cardenal es elegido Papa, adquiere radicalmente una personalidad nueva y a veces sorprendente, como le pasó a Juan XXIII. Es una cualidad comparable a la de los vicepresidentes de los Estados Unidos, que se revelan en toda su personalidad cuando accidentalmente se hacen cargo de la presidencia. Un obispo español ha dicho una frase muy aguda: "No se sabe cómo Albino Luciani será como Juan Pablo I, porque es un hombre de fe, y los hombres de fe son enormemente libres". Terminan por dejarse guiar de su fe, efectivamente, como Santo Tomás Beckett, y reniegan de todas las otras presiones. Es una esperanza. ■



UN PAPA IMPREVISTO

Ni en las listas de papables ni en los pronósticos más afinados de la gran prensa mundial figuraba el cardenal Luciani, el sonriente y distendido patriarca de Venecia, que ha asombrado al mundo entero por haber sido seleccionado de forma espectacularmente rápida —la más veloz de este siglo— por los 111 cardenales asistentes al cónclave, para hacerse cargo del liderazgo espiritual de los 710 millones de católicos que hay repartidos por todo el ancho mundo.

El nuevo Papa es hijo de un modesto obrero socialista; toda la vida ha tenido cargos pastorales de párroco, obispo y arzobispo, que no era llamativo por nada especial dentro de la confusa y complicada Iglesia contemporánea. Los cardenales de todo el mundo, en una representación más pluralista y universal que nunca, se han cuidado muy poco de razas, nacionalidades, títulos y combinaciones sutiles: se han decidido por un hombre al estilo de Juan XXIII, esperamos que conscientes de que no debe ser un Papa de transición, sino un verdadero pastor que olvide angustias intelectuales de ortodoxia, temores crispados de trágicos profetas de calamidades, y visiones apocalípticas llenas de nubarrones. Han elegido, según todos los indicios, a un hombre del Evangelio, que sabe llamar al pan, pan y al vino, vino, y que tiene los pies en la tierra, con la mirada puesta en esa utopía concreta que se describe en el libro sagrado de los cristianos.

Lo más importante, según aseveran los que le conocen, es no ser nunca un burócrata de la central vaticana, y que acepta sinceramente el mensaje del Evangelio, que lo cree vitalmente eficaz para este final del siglo XX, sin más aditamentos ni novedades exteriores. La buena noticia que comunicó hace veinte siglos el fundador del cristianismo es todavía actual para este Papa sin sofisticaciones, ni novedades extrañas, ni procedimientos asombrosos. El contenido de esta noticia, sin más, es ya un detonador bastante explosivo que habían olvidado dirigentes y dirigidos en la Iglesia, buscando afanosamente envolverlo en novedosos métodos, y creyendo con ello hacerlo más atractivo a los desesperanzados hombres de este siglo XX que está acabando.

Esperamos que el Papa Luciani



La confusa humareda, blanca o gris, que anunció la elección de Juan Pablo I.

ni —nombre casi de un mafioso célebre por su elemental inconformismo legal— sea también un hombre elemental de gran inconformismo, pero sereno, sencillo y sin alharacas, poniendo por delante en este mundo secularizado el sentido de lo religioso como fuerza y estímulo para que los creyentes ayuden a vivir mejor y más humanamente a todos los hombres, poniendo los cristianos su mirada en un Norte que les sobrepasa y cooperando así a superar este decaimiento que tiene su máxima expresión en el entre-guismo de los "pasotas", o esa artificialidad infantil de aquellos otros superficiales renovadores de la Humanidad que en nada profundizan.

Es italiano —yo no quería un italiano—, es europeo —yo no quería tampoco un europeo—, no es un negro, y yo, sin embargo, lo hubiera deseado. Y, no obstante, no estoy insatisfecho con esta elección. Al menos parece un hombre que no se entorpece por los legalismos de la curia romana, ni un personaje de teorías y métodos a la moda, ni tampoco un añorante del pasado por el pasado.

Poco más sabemos de él. Pero hay un detalle significativo que nadie ha analizado: su tesis doctoral la hizo sobre el pensador más perspicaz del siglo XIX italiano, el sacerdote Antonio Rosmini, el independiente forjador de una filosofía nueva y al día, sin entorpecerse en la rígida y formalista sistemática escolástica propugnada por el alto clero, valiente revelador de las "lagas de la Iglesia" en un libro tan sincero y tan concreto que por ello fue incluido en el "Índice de libros prohibidos".

La meditación sobre esta entrada ideológica y pastoral de

Juan Pablo I en su historia personal como sacerdote, y ahora como Pontífice, inspirándola en ese pensador italiano, ayer condenado y que hoy pretende la propia Iglesia elevarlo a los altares, puede dar una pauta de lo que podría ser el pontificado de este desconocido Papa, si es que al subir a la cátedra de San Pedro no alcanza su nivel de incompetencia, como desgraciadamente le ocurrió a Pablo VI.

Si el Papa Luciani sabe adoptar esta filosofía renovadora y crítica que supere todas las ataduras del formalismo escolástico antiguo y, sobre todo, del moderno formalismo progresista tan cerrado —por superficial— como el conservadurismo de ayer. Si no tiene pelos en la lengua para llamar, aunque sea con amabilidad, a las cosas por su nombre, como hizo su modelo, el sacerdote Rosmini, con los paralizantes defectos de la Iglesia de su tiempo. Si pone siempre delante una sonrisa de buen humor despreciativo ante los legalismos de la curia romana o el boato de las costumbres vaticanas. Si se acuerda primero de que es ciudadano del mundo, y no obispo de una Roma cargada por siglos de maniobras, de astucias y de cansada cultura. Entonces, aunque sea italiano, aunque sea europeo, aunque no sea el ideal que la Iglesia parecía necesitar, tendremos un buen Papa. Pero si no lo hace así: si se crispa, si se cierra, si se atemoriza, si vacila, entonces tendremos una figura más —como las estatuas que coronan San Pedro— en el centro de la cristiandad, a la que todo el mundo mirará desde lejos y nadie hará caso. ■ E. MIRET MAGDALENA.